

# EL CRISTIANISMO EVANGÉLICO

A TRAVÉS DE LOS SIGLOS



2ª EDICIÓN  
MEJORADA Y AMPLIADA

SAMUEL VILA

# **El Cristianismo Evangélico a través de los siglos**

Samuel Vila

# ÍNDICE

PRÓLOGO	4
INTRODUCCIÓN	9
1. El siglo apostólico .	14
2. La Iglesia de Jerusalén	18
3. Los emperadores romanos en los siglos de persecución	23
4. La Iglesia de Antioquía: Martirio de su pastor san Ignacio	31
5. Persecución en las primitivas iglesias del Asia Menor	34
6. Clemente de Roma y Justino mártir	46
7. Primeros atisbos de corrupción clerical en Roma	50
8. Extensión del Cristianismo en Europa	55
9. Los líderes y mártires del norte de África	61
10. La persecución de Diocleciano	65
11. Un Conversión de Constantino	68
12. Las herejías doctrinales	70
13. El Cristianismo primitivo en España	73
14. Costumbres y doctrina de las Iglesias primitivas	80
15. Desarrollo del poder clerical	83
16. El Cristianismo en las Islas Británicas	87
17. Los Paulicianos	90
18. El Cristianismo en Rusia y Oriente	94
19. División entre la Iglesia Romana y la Ortodoxa	96
20. Poderío mundano y decadencia espiritual de la Iglesia Romana	99
21. Los Albigenses	103
22. Las Cruzadas	106
23. Protestantes anteriores a la Reforma	108
24. Movimientos precursores de la Reforma	115
25. Wicliffe y los Lollardos	124
26. Juan Huss y los Hussitas	127
27. Cristianos evangélicos dentro de la Iglesia Católica Romana	139
Claudio de Turín	
San Francisco de Asís	
San Bernardo de Clairvaux)	
Raimundo Lulio)	
Marcelo de Padua	
Eckart y Juan Tauler	
Hermanos de la Vida Común y Amigos de Dios	
28. La Reforma en Alemania	148
29. La Reforma en Francia	167
30. La Reforma en Suiza	194
31. La Reforma Bautista en Europa	202

32. La Reforma en Holanda	209
33. Los Valdenses aceptan la Reforma	214
34. La Reforma en Inglaterra	220
35. La Reforma en Escocia	237
36. La Reforma en Escandinavia	245
37. La Reforma en Italia	247
38. La Reforma en Rusia, y la actual Iglesia subterránea	252
39. La Reforma en España	259
APÉNDICE	276

## PRÓLOGO

Hace casi un cuarto de siglo que el autor publicó un libro de historia titulado «EL CRISTIANISMO EVANGÉLICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS» que después de ser reimpreso en América quedó pronto agotado. Como indica su título, era una historia popular que tenía como principal objeto demostrar que el Cristianismo Evangélico, comúnmente llamado Protestantismo, no ha sido ni es una religión nueva inventada por los reformadores de la Edad Media, sino el mismo cristianismo de los primeros siglos remozado y limpiado de tradiciones inciertas y de abusos doctrinales derivados del paganismo. Que los mártires de la intolerancia religiosa en la Edad Media eran, por lo general, cristianos fieles, muy similares a los de primeros siglos, víctimas de la incompreensión y fanatismo de quienes profesaban creer y servir al mismo Cristo; y que las sectas que florecieron en siglos anteriores a la Reforma, no eran siempre heréticas (o sea, opuestas a la doctrina sana que proclamaron los apóstoles), sino que estaban constituidas muchas veces por los mejores creyentes del siglo, que protestaban contra errores particulares, o contra la tibieza religiosa de su tiempo.

### **Filosofía de la Historia de la Iglesia**

Es evidente que el Cristianismo, como religión revelada, ha traído grandes beneficios a la humanidad, aun en el orden puramente material. Es lo que puso en evidencia Chateaubriand en su famoso libro «El Genio del Cristianismo»; y lo que expuso en forma más breve el escritor suizo Ernesto Naville en un libro magnífico de principios del presente siglo titulado «El Cristo»; mostrando que la venida de Jesucristo transformó la sociedad grecorromana del siglo I y puso los cimientos de una civilización moralmente superior a todas las que se han conocido sobre la tierra. Todavía hoy día en las regiones donde el Cristianismo no ha penetrado, la mujer, el niño y el anciano no reciben la misma consideración que en las naciones llamadas cristianas. Y podemos afirmar que ha sido la influencia de la fe cristiana lo que ha hecho que la «Carta de los derechos Humanos», de la ONU, haya quedado suscrita por todas las naciones.

Pero el Cristianismo tiene una misión mucho más importante que la cultural y civilizadora. El gran encargo que Cristo dio a sus discípulos fue predicar el Evangelio (Buenas Nuevas) a toda criatura, pues éste anuncia beneficios para esta vida, pero su alcance se extiende a la eternidad.

### **El verdadero concepto de Iglesia**

«He aquí que tú eres Pedro —dijo Jesús— y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella». Y el apóstol Pablo afirma, refiriéndose a las relaciones de Cristo con los que le han aceptado como Salvador y Señor: «Some-tió todas las cosas bajo sus pies y le dio por cabeza a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo».

¿Qué significa la expresión «Iglesia» a la luz de ambos pasajes? ¿Se refiere a algún grupo religioso particular de los que a través de los siglos se han aplicado ese nombre? No es verosímil, pues nunca ha habido en el curso de la Historia una sola iglesia cristiana visible. Ya en el tiempo de los apóstoles se formaban sectas y partidos diversos

reconocidos (véase Gálatas 2:12 y 1: 19). En los siglos inmediatos a Jesucristo el gran misterio de la Encarnación con que tuvo que enfrentarse la cristiandad, produjo multitud de sectas que profesaron diversos puntos de vista cristológico; sin hablar de otros motivos personales y administrativos susceptibles de producir divisiones entre las iglesias cristianas.

Esta lamentable situación fue prevista por el ojo omnisciente del Hijo de Dios cuando oró, en la noche de su Pasión: «A los que me has dado, guárdalos por tu nombre, para que sean uno, así como nosotros somos uno... mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer también en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tu Padre en Mí y Yo en ti que también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste».

Tanto Jesucristo como los apóstoles hablan en los términos más elevados de «la Iglesia»; sin embargo, nunca les vemos preocupados para establecer una jerarquía general o universal sobre toda ella. En el Antiguo Testamento Dios nombró una línea de sucesión jerárquica en la familia de Aarón, pero en cuanto a la Iglesia, al nombrar a Pedro como fundador humano de la misma no le dice: «A ti y a tus descendientes», ni tampoco: «A ti y a tus sucesores en el cargo», sino simplemente: «A ti daré las llaves».

En cambio, y como para animar las iniciativas particulares de comunión con Dios y extensión de la fe cristiana, oímos a Cristo formular la promesa: «De cierto os digo que todo lo que ligareis en la tierra será ligado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo. Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos, porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mateo 18:20). Lo que implica un reconocimiento tácito por parte del Salvador de parte de todos los grupos que le reconocen y adoran con sinceridad.

El mismo espíritu inclusivo de amplia comprensión y tolerancia, manifiesta nuestro divino Redentor cuando el apóstol Juan le cuenta el caso del primer cismático de sus días, con las palabras: «Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros». Jesús les dijo: «No se lo prohibáis, porque el que no es contra nosotros, por nosotros es», o como dice en Marcos 8:38-40: «No se lo prohibáis porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre y luego puede decir mal de Mí, porque el que no es contra nosotros, por nosotros es».

¿Por qué lo hizo así el omnisciente Salvador? ¿Por qué no nombró una jerarquía y estableció una doctrina y una Iglesia orgánicamente única a través de todos los siglos?

Porque la Iglesia que Cristo quiso instituir se halla establecida, sobre dos pilares imprescindibles e insustituibles, Fe y Libertad.

«Por fe andamos, no por vista», afirma el apóstol (2.<sup>a</sup> Corintios 5:7). «Hermanos, vosotros a libertad habéis sido llamados, con tal que no uséis la libertad como ocasión a la carne» (Gálatas 5:13). «Tu pueblo será de buena voluntad...». (Salmo 110:3). Para que pudiera ser así, no podía haber en la Iglesia una jerarquía revestida de autoridad suprema e infalible a través de los siglos, pues ello habría anulado el esfuerzo y el mérito de la fe y la sinceridad de conciencia.

Jesús se ausentó a los cielos y dejó a los suyos en una prueba de fe por espacio de no sabemos cuántos siglos. Peregrinamos ausentes de Él, y hacia Él —como dice el apóstol en 2.<sup>a</sup> Corintios 5:9— procurando interpretar y cumplir su voluntad en medio de muchas dificultades, inconvenientes y tentaciones; tan solamente una fe libre, voluntaria y sincera, sería verdadera fe, agradable a Dios y eficaz para avergonzar y desacreditar al gran enemigo que desconfió de Él, y ello solamente podía verse realizado en un ambiente de libertad. Una autoridad visible e infalible en el mundo habría requerido un milagro constante: el milagro de un jefe o una línea de jefes espiritual y moralmente perfectos y dotados de poderes sobrenaturales, ya que sin milagro es inalcanzable la perfección de ningún ser humano, sin poderes sobrenaturales es imposible establecer una perfecta disciplina y unidad de doctrina y conducta en un mundo de seres rebeldes por naturaleza, y por naturaleza libres. Esto aun cuando fuera lo ideal (y es lo que existirá en el reino de Dios) habría sido contraproducente en el régimen actual de prueba en que se halla el mundo y la Iglesia.

El conocimiento de estos principios bíblicos, puede ayudarnos muchos a comprender, sin desalentarnos, la aciaga historia de la Iglesia a través de los siglos.

Una grande y significativa frase a tal respecto, es la advertencia y promesa del Salvador: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

### **Veinte siglos de lucha**

Esto implica que la Iglesia, compuesta por los verdaderos cristianos unidos a su divino Salvador y Señor por una fe viva, tendría que contender a través de todos los siglos con un sutil y astuto enemigo invisible, Satanás.

El apóstol Pablo no hace sino ampliar el pensamiento de Jesucristo al escribir: «Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires».

En efecto, cuando echamos una mirada al curso de la Historia de la Iglesia, no podemos menos que sentirnos asombrados por el contraste que ofrece el valor, la fe, la tenacidad y el espíritu de sacrificio de muchos de sus pro-hombres, con el egoísmo, el partidismo, la intolerancia, la insensatez y mezquinad de sus luchas filosófico-religiosas y la general incompreensión del verdadero carácter y visión de la Iglesia de Cristo desde sus mejores tiempos.

«Id por todo el mundo...», había dicho el Salvador, «...y predicad el Evangelio a toda criatura...», pero los cristianos, ¡qué vergüenza!, parecen haber entendido por «todo el mundo» la pequeña Europa, durante casi dieciocho siglos.

«No se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres...», pero cristianos altamente consagrados y aptos para las más grandes hazañas en favor de la obra misionera, les vemos encerrar sus grandes dotes tras los muros de un convento o en la soledad del desierto.

«Los príncipes de este mundo tratan de enseñorearse los unos sobre los otros, pero entre vosotros no ha de ser así...», sin embargo, el desarrollo de la jerarquía eclesiástica convierte la mayor Iglesia visible en una monarquía cuyos puestos de autoridad son comprados y vendidos del modo más escandaloso y vergonzoso.

¿Y qué diremos de las debilidades, errores de táctica, cuando no de doctrina, divisiones y disensiones entre los cristianos en todo el mundo y en todos los tiempos, con el consiguiente enflaquecimiento espiritual y la apostasía final de grandes sectores de la cristiandad en estos últimos decenios?

¿Quién no puede ver a través de toda la historia del Cristianismo, desde las sangrientas persecuciones de los primeros siglos, las de los propios cristianos en los siglos de apogeo religioso de la Edad Media, matándose unos contra otros, y finalmente en la actual negación de casi todos los artículos del Credo, sino la mano escondida del gran Enemigo de las almas?

Es cierto que el Cristianismo ha tenido una parte esencial en la cultura europea y americana, en las instituciones de caridad y en la formación de una conciencia moral mucho menos cruel que la de los siglos precedentes, sin embargo, todo el avance ha sido llevado a cabo en medio de luchas feroces, en las cuales parece mostrarse de un modo patente la influencia de fuerzas espirituales que ciegan a los hombres, llevando a los pseudo-cristianos y aún a los verdaderos cristianos, a posiciones y actitudes totalmente opuestas a las doctrinas de su divino Fundador.

### **Hacia el final de la gran odisea**

El mundo pagano que había quedado casi totalmente olvidado del testimonio evangélico por casi dieciocho siglos, parece estar cerrándose de nuevo, apenas acabado de cumplirse el vaticinio del Salvador: «Será predicado este Evangelio para testimonio a todos los gentiles y entonces será el fin». Fijémonos en la palabra «testimonio» no conversión de todos; sin embargo, el testimonio ha sido dado en todo el mundo y continúa produciendo fruto de almas que se reconcilian con Dios por medio de Jesucristo. Fruto quizá de más valor por desarrollarse en medio de grandes limitaciones y dificultades en los países comunistas.

Ciertamente, la historia del Cristianismo es desalentadora desde un punto de vista humano y triunfalista; pero es alentadora y gozosa mirando «no a lo que se ve, sino a lo que no se ve». Por lo menos constatamos el cumplimiento de la promesa de Cristo en el hecho de que pasados veinte siglos no ha desaparecido la fe cristiana de sobre la faz de la tierra. «Las puertas del infierno»... no han prevalecido. Y también se ha cumplido la sentencia poco optimista, pero cierta, como todas las palabras del Salvador: «Cuando el Hijo del hombre viniere ¿hallará fe en la tierra?». ¡Ciertamente la hallará! Habrá quienes podrán responder a su llamada para ser arrebatados a su presencia. Esta seguridad nos anima en este tiempo confuso en que vivimos. Pero según hace prever la lamentación del Señor, no serán mayoría como pensaban la generalidad de los cristianos del siglo pasado.

### **Espigando en el denso campo de la Historia**

Desgraciadamente no podemos conocer todos los detalles de la gran batalla de los siglos. Tan sólo una parte insignificante de lo ocurrido a través de los tiempos en relación con el testimonio cristiano ha quedado escrita. La inmensa mayoría de los hechos han quedado escondidos entre los pliegos de la Historia y sólo podremos conocerlas de un modo completo en la eternidad.



Pero nos conviene saber, por lo menos, lo que ha quedado escrito en documentos fidedignos para nuestra propia enseñanza, aliento y estímulo. En algunos casos el historiador serio se queda perplejo entre lo realmente histórico y las veleidades de la tradición. Así ocurre, por ejemplo, en ciertos relatos de martirio, y con los apócrifos del Nuevo Testamento.

¡Existen tantos evangelios novelescos tratando de llenar las lagunas de los cuatro evangelios canónicos! ¡Tantos relatos inverosímiles en el santoral romano fraguados por la imaginación en la soledad de los conventos!

Pero tenemos trozos de verdadera historia consignada en documentos de los que no cabe dudar. Por ejemplo, en cuanto a los Evangelios, el «Diatesaron» (por los cuatro) de Taciano, y el canon de Muratori nos prueban que los cuatro Evangelios auténticos existían y habían sido reconocidos ya por las iglesias cristianas en época tan temprana como el año 170, y las abundantes citas de los Padres, de los tres primeros siglos nos permiten constatar la autoridad que las iglesias cristianas daban a tales documentos, puesto que, como alguien ha dicho: «Si se hubiese perdido el texto del Nuevo Testamento, podríamos recobrarlo completo, excepto 18 versículos, copiándolo de los escritos de los primeros Padres».

Asimismo en cuanto a las historias de los mártires, tenemos cartas auténticas de pastores e iglesias del segundo y tercer siglo dirigidas a otras iglesias, relatando las tragedias de martirio con tantos detalles, que las hacen revivir ante nuestros ojos, y todo ello con documentos cuya autenticidad no puede ser puesta en duda por la crítica más exigente. El presente libro representa un estudio histórico del Cristianismo a través de los siglos, no exhaustivo; pero sí bastante más amplio que nuestro anterior libro, que era sobre todo apologético y por tanto daba grandes saltos entre cumbres históricas. Esto lo hacía inapto como libro de texto en seminarios y escuelas bíblicas, y tan sólo de parcial ayuda en bibliotecas pastorales, ya que había sido escrito con un propósito apologético especial, para el hombre de la calle, tanto en su parte narrativa como a los efectos de libro de consulta.

Nos gozamos dando gracias a Dios porque nos permite poner esta segunda edición ampliada de «EL CRISTIANISMO EVANGÉLICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS» en manos del público evangélico, esperando que pueda ser una eficaz ayuda a la labor de nuestros amados hermanos y colaboradores en la obra de extensión del Evangelio por todo el mundo de habla hispana.

Tarrasa, junio de 1981  
Samuel Vila

## INTRODUCCIÓN

El presente volumen no es sino una parte o aspecto de la Historia Eclesiástica. Es más bien un esfuerzo para seguir a través de los siglos las huellas de los verdaderos cristianos, o sea, no los simplemente adheridos a tal o cual organización eclesiástica, sino los que dentro de cualquier estructura eclesiástica demuestran haber tenido una comprensión clara de la voluntad de Dios según nos es revelada en las Sagradas Escrituras, teniendo el valor de anteponerla a toda conveniencia propia a causa del medio ambiente que les rodeaba.

Tales cristianos han sido comúnmente tildados de herejes, y tratados como perturbadores del orden y la tranquilidad pública; se les ha perseguido sin compasión, pero como hace notar el historiador Alfonso Torres de Castilla: «Cuando se ha logrado hacer desaparecer la herejía en un siglo ha rebrotado con otro nombre en el siglo próximo, sustentando más o menos las mismas doctrinas y fatigando a la iglesia dominante en su vano empeño perseguidor».<sup>1</sup>

El Cristianismo ha tenido que hacer frente, ciertamente, a herejías extrañas. Interpretaciones diversas de los grandes misterios de la Revelación de Dios en Cristo, se sucedieron en los siglos primitivos, forjadas por la influencia de sistemas filosóficos prevalentes en la época, o de las religiones que precedieron al movimiento cristiano. Ya en días de los apóstoles existió esta lucha contra peligrosas tendencias doctrinales, que cristalizaron más tarde en grupos sectarios, tales como el Gnosticismo, Docetismo, Maniqueísmo, Arrianismo, etc

Pero estas doctrinas heréticas nada tienen que ver con la «Gran Herejía de la Verdad» que ha consistido siempre en una protesta de los abusos y corrupción de la Iglesia dominante y un retorno a las fuentes de la Verdad Cristiana: Las Sagradas Escrituras. No es extraño que en cada siglo, los hombres que han tomado en serio la religión, se preguntaran ansiosamente si las doctrinas en que fueron enseñados tenían su apoyo en dicha autoridad escrita e inmutable, o habían sido forjadas por autoridades humanas, sin tener en cuenta, suficientemente, las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Esta renovación de una misma clase de herejía, designada por diferentes nombres, según los lugares en que floreció o los prohombres que la acaudillaron en cada época, sirve de gran estímulo a los actuales buscadores de la Verdad.

En las cuerdas de la marinería inglesa existe un hilo de grana puesto en su interior que tiene por objeto indicar su origen en caso de robo o extravío. Un hilo de grana formado por la sangre de los mártires de la Verdad Cristiana en su primitiva pureza, existe a través de los siglos, identificando esta Verdad de Dios en medio de los errores y corrupciones humanas.

En ciertos siglos, la oscuridad espiritual es tan intensa que el testimonio de la Verdad Evangélica parece haber quedado casi apagado. Existieron en estas épocas muchas almas sinceras que conocían sin duda a Cristo como a su Salvador personal; le adoraban con sinceridad y gemían por la corrupción de los pseudo-cristianos de su siglo.

---

<sup>1</sup> «Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa», vol I, pág. 133

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

